LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO VI — BARCELONA 31 DE ENERO DE 1887 — NUM. 266

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* — *La intimidad*, por Eduardo de Palacio.— *Historia de un hombre, contada por su esqueleto* (continuación), por don Manuel Fernández y González. – *Vía Margutta*, 33, por Federico Rahola.

GRABADOS.—*Entre dos fuegos*, cuadro de Luis Jiménez.—*Muchacha de Hesse. Labrador de Schwalm*, apuntes de K. Ranpp. – *Un hombre y un hermano*, dibujo de C. Woodville—*París. Orillas del Sena*, dibujo de J. M. Marqués.—*La felicitación del cumpleaños*, cuadro de Alberto Randnitz. – *Monumentos de la Atenas moderna.*—*Italiana*, estudio de Francisco de Lenbach.

NUESTROS GRABADOS

ENTRE DOS FUEGOS, cuadro de Luis Jiménez

No consiste el mayor peligro en asaltar una muralla ó tomar una batería á la carrera. Hay ojos más temibles que la boca de un Krup, que apuntan casi siempre al corazón y, lo que es peor, raras veces dejan de hacer blanco. En Andalucía hay fábrica de esas armas traicioneras, y el desdichado contra quien se dirigen, bien puede darse por muerto, más que revista su cuerpo una armadura como no la construyó Vulcano más perfeccionada.

En nuestro cuadro hay un hombre en peligro, un militar español que no ha pestañeado ante los ejércitos de Napoleón y que acabará por rendirse indefectiblemente como un cadete imberbe. Aquiles tenía un punto vulnerable, y los Aquiles de España no son más privilegiados que el de la antigüedad. Es natural: á un balazo se contesta con otro balazo; una estocada tiene su quite; pero vamos á ver quién es el guapo que resiste á una muchacha sevillana, empeñada en hacer una conquista..... Pues ahí es nada, cuando no se trata de una muchacha, sino de dos muchachas... ¡ Ay pobre corazón!... En vano te atusas el bigote y te das aires de conquistador... Eres hombre al agua, ó mejor dicho, hombre al fuego.

MUCHACHA DE HESSE.-LABRADOR DE SCHWALM, apuntes de K. Ranpp

El valle de Schwalm es uno de los sitios más típicos de Alemania. Ni aun la influencia transformadora del ferrocarril ha podido cambiar las costumbres de sus pobladores, que desde últimos del pasado siglo parecen como petrificados. Esta circunstancia, que empieza á ser rara en nuestros tiempos, atrae al valle numerosos excursionistas, pintores singularmente, que andan siempre en busca de aquello que escasea. Ranpp, artista alemán, insiguiendo los consejos de Jacobo Betker, su profesor, visitó el Schwalm y apuntó sobre el terreno á varios de sus moradores. Muestra de la soltura y fidelidad con que el artista realiza su empeño, son los dibujos que hoy publicamos. A la justa celebridad de esa región contribuyó más que otro alguno el famoso pintor Knaus, tan prendado de sus bellezas que durante muchos años fijó en ella su domicilio y en ella se inspiró para no pocas de sus más preciadas obras.

UN HOMBRE Y UN HERMANO

Este grabado, cuyo dibujo se debe al eminente artista inglés Mr. C. Woodville, representa á un oficial de milicias y á un negro, á quienes se ha impuesto la pena del cepo en castigo de alguna falta. El autor supone que el segundo hace observaciones filosóficas al otro, diciéndole que, aun cuando difieren por el color, la raza y la categoría, en aquel momento son iguales por la adversidad, y que ninguno debe desanimarse por los contratiempos de la vida.

PARÍS.-ORILLAS DEL SENA, dibujo de J. M. Marqués

Quien se figure París una ciudad de hadas, en la cual el arte se ha anticipado á los deseos y hasta á los caprichos de la imaginación, no está en lo cierto. El reconocido buen gusto francés, secundando miras políticas y proyectos económicos, ha convertido la antigua Lutecia en la población sin duda más elegante de Europa y tal vez del mundo; pero este manto de brocado y de armiño no envuelve tan por completo al París de nuestros días que no asomen debajo de aquél algunos sitios lúgubres, algunas construcciones sombrías, algo y mucho que contrasta con los alegres bulevares y la incomparable plaza de la Concordia.

Marqués, á fuer de artista que siente, ha huído del París que bulle, ríe, danza y bebe todos los días y á todas las horas, sintiéndose más atraído por el París solitario, que no conocen la mayor parte de los *touristes*, el menos parisién que darse pueda; porque el verdadero París, el gran París dice muy poco ó nada al sentimiento del artista.

Aplaudimos la manera de ver de nuestro asiduo colaborador: tratándose de la capital de Francia, la que invita al mundo con toda suerte de placeres, un paisaje triste, unas casas tristes, un río triste, tienen algo de filosófico: ello puede recordarnos que, según dice el refrán, no es oro todo lo que reluce, y que no lejos de la *cocotte* que arruina á un lord y un magiar en seis meses, la más espantosa miseria aniquila á muchas honradas madres de familia, para quienes el París brillante es el más horrible de los suplicios ó el más inmerecido de los sarcasmos.

LA FELICITACIÓN DEL CUMPLEAÑOS, cuadro de Alberto Randnitz

Pensamiento ingenioso, ejecutado con notable acierto. El personaje principal, llamémosle así con permiso de esas damas, está poseído del papel que desempeña: su mirada expresa claramente el afecto que siente hacia la joven felicitada; si es mensajero de amor, como parece, su dueño ha escogido un excelente intérprete. No todos los hombres, y en particular no todos los lacayos, desempeñarían el encargo con tanta prudencia y cortesía.

MONUMENTOS DE LA ATENAS MODERNA

Como se dice del ave Fénix que renace de sus cenizas, la Atenas moderna renace de entre sus ruinas. Naturalmente, su renacimiento se efectúa con lentitud, porque las fuerzas se pierden en mucho menos tiempo que se recobran. Pero en cambio los atenienses, dando honroso ejemplo de patriotismo y buen gusto, procuran y consiguen generalmente que las nuevas construcciones monumentales conserven el carácter de su antigua arquitectura, aún no igualada por pueblo, escuela ó genio alguno. Dígalo, sino, la vista que publicamos y que nos transporta mentalmente á la metrópoli del antiguo mundo artístico.

El edificio del centro es la Universidad; á su derecha, en primer término, la biblioteca, que por de pronto no pasa de proyecto. A la izquierda de la Universidad la Academia, espléndido regalo hecho por el barón de Sina á su patria, cuyos planos son debidos al arquitecto Th. Hansen, hermano de Cristián Hansen, autor del proyecto del edificio universitario. El donativo del barón de Sina data del año 1859: sus cimientos son de piedra del Pireo, el resto de mármol pentélico. Su fundador no pudo verlo terminado; ha muerto el grande admirador del arte griego, pero su nombre correrá unido para siempre á la Academia de Atenas.

ITALIANA, estudio de Francisco de Lenbach

He aquí una italiana poco italiana para aquellos que no conocen un tipo que abunda en Nápoles y Sicilia. Nos referimos á las italianas de sangre sarracena, hermosas mujeres que por la energía de sus líneas y por el fulgor de su mirada, unas veces hera y otras excitan-

ENTRE DOS FUEGOS, cuadro de Luis Jiménez

MINISTERIO DE EDUCACION

LABRADOR DE SCHWALM (APUNTES DE K. RANPP)

te, tienen cierta analogía con la raza bohemia, por más que su estado social no sea generalmente análogo á esta última. Lenbach es un artista alemán que cultiva con preferencia los estudios de mujeres típicas: en Viena y en Munich ha expuesto notables trabajos en este género. Comparando éstos con el de la italiana que publicamos, dicen algunos críticos que falta en ésta la debida expresión, ó que cuando menos su autor ha quedado en ella por debajo de las condiciones expresivas de otras obras suyas del mismo género. Por nuestra parte, aun prescindiendo de que cada tipo tiene su expresión particular y de que cuando de un estudio se trata á la verdad hay que atenerse, no quisiéramos que ninguno de nuestros hijos tuviera que poner á prueba lo que dicen y lo que pueden los ojos de esa mujer.

LA INTIMIDAD

No creo que las personas debemos vivir como fieras, huyendo del trato social, pero ciertas relaciones íntimas ocasionan sinnúmero de disgustos.

Un amigo íntimo puede ser como un hermano y puede ser una pesadilla.

La intimidad excusa de ciertas fórmulas y autoriza varias libertades.

Hay amigos íntimos que nos comen y que nos beben y que nos explotan, por la intimidad.

Pidan Vds. un favor á cualquier amigo íntimo y, generalmente, le concede tarde y mal.

Primero se ha de cumplir con las personas con quienes no hay intimidad: los íntimos todo lo perdonan.

Así decía un hombre vestido de riguroso guiñapo:

—Yo soy íntimo del ministro de..

Y otro elegante de la misma clase, replicaba:

—Ya se le conoce á usted.

Pero la intimidad conyugal ocasiona aún mayores molestias que la intimidad con los amigos.

En el prólogo del amor la novia no piensa en más que en su amante: éste no sabe salir de la casa de su novia, cuando le permiten la entrada: cuando no, vaga por la calle donde tiene su casa la mujer querida, «ella.»

«Ella» y «Mi fulana,» siempre las nombramos de una de estas maneras.

«Ella,» porque para «El» no hay otra mujer con quien poder confundirla.

«Mi fulana» como un anticipo intelectual que nos concedemos.

Por supuesto, para «Ella» no hay más que «El» y «Mi... N.»

¡Cuántas veces se asoma al balcón, si disfruta vistas de hilo! ¡Qué intranquilidad cuando se aproxima la hora de la visita de su amante ó del desfile, á pie ó á caballo, por bajo del balcón!

¡Cuántas veces ha examinado su imagen en el espejo, para deducir el efecto que ha de producir en su novio!

¡Cómo se viste, cómo se peina, con cuánto esmero se adereza, para fascinar al enamorado pretendiente!

¡Y cuán afable y dulce es su palabra, y cuán apasionadas sus miradas!

¡Y cómo le mima, y cómo le cuida, y procura adivinar los pensamientos y la voluntad de su amante!

¿Y nosotros? En las horas que pasamos al lado de nuestras amadas, no parecemos nosotros mismos, sino cándidos palomos, inocentes borregos y sensitivas con bigote.

—Tú serás mía.

—Tú serás mío

—Yo seré tuyo ó del revólver.

—Yo tuya ó de la caja de cerillas.

Esta es la letra invariable en los *couplets* amorosos, durante la etapa de la ternura, cuando aun no se ha llegado á la intimidad conyugal.

—Para muchachas bonitas,—decimos,— mi novia; para muchachas graciosas.... la misma; para mujeres de talento y de instrucción... la mencionada; y para limpieza y gusto y elegancia y economía, y demás... la susodicha.

Ellas, en sus conversaciones con las amigas, opinan lo mismo de nosotros.

—¡Qué bien te está ese color de la corbata!

—¿Sí?

—Sí, coquetón, ya lo sabes tú.

(Oyendo esto el novio se chupa de gusto los dedos:)

—En agradándote estoy satisfecho.

—Y ese chaquet te sienta admirablemente.

El amante hace como que lo ignora; pero ya se ha visto retratado no sólo en cinco ó seis espejos, sino en los cristales de los escaparates que ha encontrado al paso.

¿Y ella? ¿cómo está ella? Como en día de fiesta.

Para que pasara un día sin peinarse al amanecer, sería preciso que estuviera enferma de sumo peligro.

Pero como todos los plazos se cumplen, llega el día de la boda, y pasa también, y los primeros días y las primeras semanas y los primeros meses.

Los cónyuges han adquirido intimidad: se tratan sin etiqueta.

La esposa piensa:

—Este hombre parece otro: ¡cuánto ha variado desde que pasó de novio á marido!

Y él se dice:

—¡Qué diferencia entre mi esposa y mi novia!

—No sé cómo llevas ese pantalón á la calle.

—¿Qué tiene?

—El color no puede ser de peor gusto; y tan ancho.. Pareces un oso con el pantalón y el gabán del mismo color, y ..

—Un oso, ¿verdad?

—Sí, un oso gris.

—Muchas gracias. Pues mira que tú estás buena; despeinada y con esa bata y esas babuchas... ¡Esto es como si me hubiera casado con el emperador de Marruecos!

Otro tema:

—¿Por qué no te llevas la llave de la puerta y no que obligas á la criada á levantarse á las tres de la madrugada?

—¿A las tres? Nunca he venido á casa después de la una.

—Se conoce que pasas el rato muy alegre cuando tan cortas te parecen las horas.

—Le paso donde no me molestan con reconvenciones. ¿Es que yo soy de otra raza que los demás hombres? ¿No puedo distraerme?

—¿Distraerse hasta las tres? Ya veo que estás excesivamente distraído. ¡Que diferencia!

—Salió el paralelo entre la época de nuestros amoríos y la presente; entre la edad antigua y la edad moderna.

Lágrimas, algunas recriminaciones: «El» sale y «Ella» continúa comparando y llorando.

Se comprende que la mujer necesita cariño, consideración y ciertas distracciones honestas.

Todo esto se comprende antes de casarse.

Ellas reconocen en nosotros ciertos derechos y algunas libertades prudentes.

También todo esto antes de casarse.

—Yo soportaría un tirano, de frac ó con uniforme,—decía conmovida una señora,—¿pero cree usted que puedo doblar la cerviz ante un hombre forrado con bayeta amarilla y con gorro para dormir? ¡sufrir todas las noches esos intermedios de clown!

—¿Qué ha de suceder?—añadía otra aburrida por la intimidad.—¿No ves que la mayoría de los hombres se casan cuando necesitan que los cuiden; veteranos, hija, que piden la jubilación de célibes porque ya se sienten fatigados, hartos de correr.

Oyendo relatar sinnúmero de horrores de una familia muy conocida, pregunté:

—¿Y por quién saben ustedes todo eso?

Y me respondieron:

—Pues por un amigo íntimo de la casa.

Eduardo de Palacio

HISTORIA DE UN HOMBRE, CONTADA POR SU ESQUELETO

POR DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

(Continuación)

—No comprendo cómo puedo yo ser cruel con usted.

– Impidiéndome que manifieste á usted mis sentimientos hacia usted; sentimientos que usted sin duda conoce, porque no hay mujer que no conozca que es amada.

– ¡Ah! ¿tengo la fortuna de que usted me ame...?

– No creo, señora...

– Sí, ciertamente; es una fortuna para una mujer que un hombre distinguido por más de un concepto, un hombre superior, se apasione de ella: esa mujer cuando menos, debe llenarse de orgullo.

– No sé lo que debo contestar á usted, señora, – dijo un tanto contrariado Sandoval.

– ¿Por qué? – dijo Clara con la mayor sencillez.

– Porque no sé cómo interpretar sus palabras.

– Mis palabras no tienen interpretación alguna, no ocultan nada, valen lo que expresan lisa y llanamente; y como creo que no miente usted, quisiera saber lo que ha encontrado en mí, para impresionarse de ese modo.

– ¿Qué he encontrado? alma, corazón, hermosura, todo junto, todo grande, todo noble, todo sublime;—exclamó con entusiasmo, y con un entusiasmo que no era fingido, Sandoval.—Pero junto á tantas seducciones, he encontrado en usted un gravísimo defecto.

– ¿Cuál? – dijo sonriéndose Clara.

– Un defecto terrible.

– Por Dios, deje usted de asustarme, revelándome ese enorme defecto.

– Es usted inmensamente rica.

– ¡Ah! – exclamó Clara con una entonación particular.

– Yo.. he vivido de prisa, lo confieso, he empezado el otoño de mi vida, y he llegado á él casi pobre. Tengo, es verdad, lo suficiente para vivir con decencia y hasta con cierto lujo... pero... como se dice... como se cree generalmente que la avaricia es el vicio de los viejos, y yo voy siéndolo...

– En primer lugar, ni usted es viejo, ni nadie puede creer que usted se enamore del oro... si yo he huído de usted, no ha sido ciertamente porque crea que una pasión innoble, la sed de dinero, le impulse á usted á mí... sino porque...

– ¿Porque cree usted que no podía amarme?

– Tampoco es eso.

– ¡Cuidado con lo que usted dice, Clara! podría tomar acta de esas palabras, y creerme demasiado afortunado.

– Tómela usted en buen hora. A nuestra edad, hacernos el amor como los muchachos, sería ridículo. Usted se me ha declarado al fin solemnemente, y yo acepto la declaración. Es más, la he provocado; si no hubiera querido recibirla, hubiera permanecido López conmigo, y usted se hubiera visto obligado á seguir callando. Y cuando una mujer que se aprecia en algo recibe una declaración, he dicho mal, cuando la provoca, es porque la desea.

– De modo que, – dijo Sandoval, cuya voz temblaba agitada por una emoción ardiente, profunda, – puedo contar con que...

– Puede usted contar con todo.

– ¿Y cuándo?

– Soy libre como el aire. Un casamiento se arregla en muy pocos días.

– Pero asegúreme usted que no sueño.

– No, amigo mío, no, no sueña usted. Sólo hay una dificultad.

– ¿Cuál?

– Que usted quiera unirse á mí.

– ¡Ah! ¡señora!... es mi deseo más tenaz, más ardiente, más exigente: consagrar á usted el otoño de mi vida, encontrar en usted ese ángel que he buscado constantemente.

– ¿Y no ha encontrado usted ese ángel?

– Si le hubiera encontrado me hubiera unido á él... y soy soltero... soltero y mártir.

– ¿No ha amado usted nunca, Sandoval, con toda su fe, con todo su corazón? – dijo con acento ardiente Clara.

– Sí, sí, señora, he amado tanto, que tengo el alma, ó por mejor decir, la tenía hecha pedazos. Iba por el mundo como un peregrino sediento, siempre buscando la

MUCHACHA DE HESSE, APUNTE DE K. RANPP

fuente limpia y clara; he creído encontrarla muchas veces, he bebido, pero he bebido en agua inmunda. ¡Cuántas veces, deslumbrado por la belleza casi ideal de una mujer, por su mirada reposada y tranquila, me he dicho: he ahí

el término de mi viaje; ¡y cuántas veces, bajo aquella máscara engañadora, he encontrado á una mujer vulgar, cuando no infame!

—Ha sido V., pues, muy desgraciado, – dijo con seriedad Clara, – y ahora comprendo esa expresión de sufrimiento intenso que hay en sus miradas de V., en su sonrisa, en su acento. Yo había adivinado en V. un alma que sufría de una manera insoportable con un valor inmenso, sin dar al mundo el espectáculo del sufrimiento, y esto me hizo interesarme por V. desde poco tiempo después de nuestro conocimiento. Y ya hace dos años que nos conocemos, dos años, durante los cuales, todas las noches, usted, joven aún, apreciable bajo todos conceptos, hombre de talento y de mundo, ha asistido V. desde el principio hasta el fin á mis severas reuniones, donde no concurren mujeres; donde no hay galanteos, siempre en el eterno tresillo, siempre discreto, sin dar á conocer á nadie el objeto de su asidua asistencia.

– ¡Y sin que V. tampoco lo conociera!

– ¿Qué mujer no conoce si es amada ó no, y de qué modo, hasta qué punto? Yo sabía que no necesitaba más que extender hacia V. mi mano para que V. la asiese con rasporte.

– ¿Y por qué no la ha extendido V. hasta ahora?

– Por amor...

– ¿Por amor á otro?...

– No... por amor á V.

– Va V. á volverme loco...

– No lo quiera Dios.

– Pues no comprendo...

– He temido envolver á V. en mi mala suerte.

– Pues menos lo entiendo ahora... ¡Desgraciada V.!

– Y de una manera horrible.

– ¡Qué misterio! – exclamó como hablando consigo mismo Sandoval.

– ¡Ah! – exclamó Clara, incorporándose de repente en el sillón y fijando pálida de espanto una mirada en la puerta del gabinete.

En ella había aparecido la máscara de color de rosa que había bajado del carruaje amarillo de alquiler.

Pero venía descubierta y deslumbraba su hermosura.

– Perdone V., señora, – dijo adelantando con un continente sumamente gallardo, en paso lento, balanceándose de una manera adorable sobre su talle; – dispénseme usted, pero aunque parezca extraño, tengo frío.

Clara no contestó; se levantó, y convulsa y más pálida aún, saludó á la incógnita y la señaló su butaca.

– No, de ningún modo, – dijo la máscara de color de rosa tomando una silla y sentándose entre la butaca que había dejado Clara y la que ocupaba Sandoval.

– Ya lo sabía yo, – dijo Clara.

Y su mirada se extraviaba.

– Dispénseme V., – dijo Clara, – pero...

Y continuaba fijando una mirada atónita en la máscara color de rosa. .

– ¡Ah! no... – dijo la joven... – necesitaba disculparme con V. por haber asistido á esta brillante reunión... pero tiempo tendré de explicar á V. el motivo.

– ¡Oh! tendré mucho placer: entretanto se encuentra usted en su casa. Adiós... adiós...

Y el segundo y trémulo adiós de Clara iba dirigido á Sandoval.

Después salió rápidamente del gabinete, como quien huye.

Sandoval se quedó solo con la máscara de color de rosa, fijando en ella una mirada fascinada.

Nunca había visto una mujer, ó por mejor decir, una niña tan hermosa, tan pura, tan rica de seducciones: nunca un semblante tan blanco, encerrado en un marco de cabellos tan negros: nunca unos ojos tan lucientes, tan poderosos, tan serenos, tan expresivos, con una expresión de inteligencia, de sentimiento, de nobleza, de fuerza tales: nunca un conjunto tal de encantos, desde el cabello á la planta, ni jamás una mujer tan elegante, tan sencilla, y tan ricamente prendida.

Emanaba de ella una atmósfera de distinción, por decirlo así: era una de esas reinas de la naturaleza, que pasan siempre entre vasallos, dominados por no sé qué magia, con toda la conciencia de su poder, con toda la influencia de su majestad. Era una de esas mujeres que parecen un sueño realizado. Una mujer nacida para hacer infiernos. Un ángel ardiente, una ilusión de felicidad.

XII

Al llegar el esqueleto á este punto de su relación, bajó su calavera y escuché de nuevo aquella especie de rugido sordo, que parecía nacer, desenvolverse, rodar dentro de su cráneo.

– ¡La máscara de color de rosa era tu mujer! – le dije.

– ¿Quién sabe? ¿quién sabe? – murmuró el esqueleto: – pero déjame continuar.

Confieso que me iba interesando aquella historia, y que iba perdiendo mi prevención contra el esqueleto, por caridad.

El maldito sufría de una manera horrible. Sus huesos se entrechocaban.

Por algún tiempo continuó con la calavera inclinada sobre su pecho de huesos.

Al fin continuó.

XIII

Sandoval no podía explicarse la causa de por qué sentía un frío agudo junto á aquella mujer tan hermosa

Instintivamente removió el fuego de la chimenea.

– ¡Gracias! – le dijo la hermosa máscara sonriéndole.

Sandoval creyó que levantarse y dejar sola á la joven era una grosería, y que era otra permanecer encubierto, cuando ella no lo estaba.

Se quitó la careta.

La verdad era que Sandoval buscaba un pretexto para consigo propio para no levantarse y seguir á Clara, como debiera haberlo hecho, y para encubrir á sus propios ojos el deseo de ver qué efecto causaba en la incógnita su semblante.

Sandoval era uno de esos hombres que sin ser hermosos, lo parecen por lo simpáticos, y que sin ser jóvenes pueden, sin temor de ser rechazados, enamorar á una niña.

Ligeramente moreno, pelinegro y ojinegro, de fisonomía espiritual, melancolía dulce, parecía un hombre nacido para hacer el bien y para inspirarle. Vestía con gusto y con gran sencillez y se comprendía que, como la joven, estaba acostumbrado al trato de gentes.

Cuando dos personas se ven por primera vez, y en la situación en que entrambos se encontraban, la primera palabra es difícil; la hermosa máscara tuvo el buen tacto de no aumentar la dificultad prolongando su silencio, siempre extraño entre dos personas que se encuentran silla á silla, después de la salida de Clara.

– Ruego á V. que me dispense, – le dijo, – si he interrumpido la conversación de Vds.: he llegado sin duda en un momento inoportuno, pero no era tiempo de retroceder. Hubiera sido peor; por el momento sólo había visto el resplandor de la chimenea, y este extraño frío que me ha sobrecogido.

Y la joven se estremeció.

– ¿Se siente V. acaso mala, señora? ¿hay alguna persona en los salones á quien yo pueda buscar de parte de usted?

– No, no por cierto. He venido sola. Mi marido está fuera de Madrid. He venido... por un capricho; la señora de Alvarado goza de una reputación muy merecida... yo no tenía la fortuna de conocerla... supe que daba en su casa un baile de máscaras, y quise asistir á él... ha sido una excentricidad, lo confieso: yo pensaba haber permanecido incógnita... nadie me conoce en Madrid...

– Cierto, cierto... jamás la he visto á V., yo que voy á todas partes.

– Vivo fuera de Madrid, muy retirada.

– ¡Ah! ¿y no podremos alentar la esperanza de que usted venga á embellecer nuestras reuniones?

Recusando esta galantería, dijo la joven sonriendo:—Yo no podré nunca tener el placer de confundirme entre las notabilidades de la corte. Mi marido es muy celoso.

La joven dijo estas extrañas palabras con una entonación más extraña aún:

– Comprendo sus celos, señora, – dijo Sandoval enteramente trastornado: – yo en su lugar tendría celos del aire que agitase los rizos de V.

– Se ha propuesto V. sin duda agotar conmigo su galantería, y le doy las gracias. Pero ese extraño accidente, ese incalificable frío que me ha acometido, ha pasado. Adiós.

Y se levantó

Sandoval se levantó también.

– Puesto que ha venido V. sola, – dijo...

– ¿Quiere V. ser mi caballero? – contestó la joven.

– Sería para mí una felicidad tanto mayor cuanto más inesperada.

– ¡Y la señora de Alvarado...!

– ¡Ah! ¿V. cree ..?

– Creo que tienen Vds. relaciones serias...

– Soy su amigo.

– ¡Ah! ¿nada más que su amigo...?

– Juro á V., señora. .

– Acepto su brazo de V. por un momento.

– ¿Por un momento?

– Me retiraré pronto.

—Pero bailaremos.

—Bailaremos.

Un momento después, Sandoval y la máscara de color de rosa se lanzaban al baile.

El vals retumbaba.

Sandoval, asido á la cintura de la hechicera máscara de color de rosa, se estremecía.

La joven infiltraba en él una mirada intensa, lúcida, poderosa, ardiente, y le hacía aspirar la fragancia de su boca y el perfume de sus cabellos.

Y al verla pasar los conocidos, los convidados de Clara, se preguntaban:

—¿Quién es esa magnífica joven que baila con Sandoval?

Y á los dos extremos del salón, en las puertas, había dos personas que seguían con una mirada profunda á la máscara de color de rosa y á Sandoval.

La una era Clara.

El otro, López.

—¡Oh!—pensaba Clara,—¡me le robará!

—¡Oh! – decía López,—¡si ese hombre se enamorase de ella y olvidase á la otra!

Y cuando entrambos pensaban de tal modo, Sandoval, fuera de sí, inclinó su cabeza sobre el cuello de la máscara de color de rosa, estampó en él un beso rápido, ardiente y silencioso, y al levantar la cabeza, fijó su mirada entumecida, vaga, extraviada, en la joven, y exclamó con acento opaco:

—¡ Yo te amo!

La máscara de color de rosa se estremeció poderosamente al sentir aquel beso, y al escuchar la enamorada exclamación de Sandoval, contestó:

—¡Cuando sea viuda!

Y se desasió de los brazos de Sandoval de una manera tan rápida y tan imprevista, que cuando quiso seguirla, la joven había desaparecido entre la concurrencia.

Sandoval se precipitó á una puerta.

Al llegar á ella, se le puso delante una mujer.

Era Clara.

—Esta noche,—le dijo,—antes de que concluya el baile... ahora, dentro de un minuto, necesito hablar á solas con V.; tome V.

—¿Qué es esto?—dijo Sandoval.

—La llave del postigo de mi casa.

—¡Ah!

—Espero á V. dentro de un momento.

—Dentro de un momento estoy en el postigo, señora.

Y Sandoval salió, atravesó la antesala y el recibimiento, y se lanzó á las escaleras.

La máscara de color de rosa entraba en aquel momento en la berlina amarilla.

—Señora,—dijo Sandoval, precipitándose hacia el carruaje.

La joven se detuvo.

—Y bien, amigo mío, ¿qué quiere V.?

—Se lleva V. mi corazón.

—Mañana se lo devolveré á V.

—¡Ah! ¿y dónde?

—Esté V., mañana á la noche, junto al cementerio de San Sebastián.

Y aprovechando el estupor que había causado aquella extraña cita en Sandoval, entró en la berlina; el lacayo cerró la portezuela, trepó al pescante, y la berlina partió.

XIV

– El hombre es una máquina movida por el deseo, – dijo con ronca voz el esqueleto: – un pobre ciego que hace á tientas el camino de la vida.

– Sandoval... ¿qué te parece de Sandoval, Eugenio?

—No sé, no sé qué decirte: ignoro la fuerza de fascinación que podría tener la máscara de color de rosa.

—Era más hermosa, y más joven y menos pura que Clara.

– Sin embargo, Clara no pudo ser más explícita con Sandoval... ó contigo.

—Con Sandoval, con Sandoval, Eugenio... tienes un verdadero flujo de querer pasar por hombre perspicaz. Clara no faltó en nada á su decoro: estaba enamorada, profundamente enamorada del alma que suponía en Sandoval.

—¡Que suponía!

—Sandoval era un deseo impuro, en la figura de un hombre bello y simpático: Sandoval se equivocaba también respecto á sí mismo: buscaba al ángel en la forma, no en el alma. Si hubiera encontrado á San Miguel metido en un cuerpo feo de mujer, no le hubiera amado. Es mucha, es mucha la necedad humana, el afán de los hombres por ennoblecer sus vicios. Sandoval era una especie de vampiro sediento y nada más.

—Así son la mayor parte de los hombres: pero me tienes excitado; hasta ahora sólo he visto en Clara una mujer que no se comprende bien; en López un personaje de melodrama; en la máscara de color de rosa un personaje apenas indicado, que no se sabe si es de este ó del otro mundo, merced á la extraña cita con Sandoval en un cementerio; en Sandoval un niño grande, y en cuanto al jefe indio ó aquella especie de espectro, una extravagancia.

– ¿Y no crees que con todo eso haya lo bastante para una acción llena de interés?

—Lo veremos. Continúa. Supongo que Sandoval, el vampiro sediento de hermosura, iría á la cita de Clara, sin dejar por eso de ir á la noche siguiente á la cita de la máscara color de rosa.

– Te has engañado: Sandoval acudió á la cita de la hermosa viuda y faltó á la de la hermosísima máscara. Esto debía curarte de tu manía en querer adivinar sucesos. No me interrumpas más y escucha.

XV

Sandoval, después que partió la berlina amarilla, quedó por algún tiempo fascinado en el mismo sitio donde había cruzado sus últimas palabras con la encantadora incógnita.

Luego se pasó la mano por la frente, y con no sé qué alegría íntima, con qué placer recóndito, por encontrarse en aventura con dos mujeres tales, y entre las que existía indudablemente un marcado antagonismo, y se cruzaba una historia, tanto más interesante cuanto menos prestada á la adivinación, siguió la pared de la casa de Clara, dió la vuelta á la manzana y buscó el postigo.

Detúvose un momento junto á él, y escuchó.

Pareciéle oir al poco tiempo de haberse puesto en espera los leves pasos de una mujer al otro lado del postigo.

Entonces metió la llave en la cerradura y abrió.

—Silencio, Sandoval, silencio,—dijo en voz muy baja Clara:—cierre usted.

Sandoval cerró.

Encontróse en un espacio densamente oscuro.

—Deme V. la mano,—dijo Clara.

Sandoval buscó á tientas aquella mano entre la oscuridad, la encontró y la estrechó con audacia.

Clara no retiró su mano ni hizo ningún movimiento en pro ni en contra de la audacia de Sandoval.

UN HOMBRE Y UN HERMANO, dibujo de C. Woodville

PARIS.- ORILLAS DEL SENA, dibujo de J. M. Marqués

sus manos; nadie sabe como él imprimirle la morbidez de la carne y sobre todo arrancarle ese algo que está fuera del plasticismo, y que no se pone con las manos sino con el alma del artista que sabe sorprender la expresión y la vida moral bajo las formas tangibles.

Nótase lo que digo en todas sus obras: el genio de Domingo lo ha trasladado al barro en admirable busto que recuerda el de Gounod debido á la maestría de Carpeaux; á este busto hacen compañía, con idéntica superioridad, el de Luna, su compañero de estudio, y el de su hermano Pepe. Mariano lo mismo pinta acuarelas que esculpe, si bien, para todos, donde está en su verdadero y propio centro es en la escultura, en esa que pudiéramos llamar escultura de género, que viene á dar modernidad á la esfera de las bellas artes completamente afecta á los moldes clásicos, á la que resiste cual ninguna los embates del arte revolucionario. Huyendo del inaminado reposo de la estatuaria clásica y de las formas retorcidas de la decadencia griega y del barroquismo, no acepta sistemáticamente una manera de ser única, recoge la impresión y la transforma tal como la encuentra, buscando á su través la expresión y la vida que la hermosean, no desdeñando jamás el asunto y convencido de que el espíritu democrático ha penetrado también en la región de esta bella arte, derrocando para siempre los asuntos privilegiados. Esto puede verse pasando desde su célebre estatua *Accidente*, encanto de todos los públicos, á los bajos relieves admirables que ha realizado para New-York, donde á vueltas de sujeto clásico, ha impreso factura y manera modernas completamente á su exquisita obra.

ITALIANA (estudio de Francisco de Lenbach)

Mariano con Juan Antonio y Luna son solicitados en todas partes, y no hay recepción en la embajada ni fiesta señalada en Roma, donde ellos no asistan, siendo por otra parte los que van á la vanguardia de cualquier fiesta que idee el Círculo Artístico, prodigando su ingenio para llevar á buen éxito esas originales é improvisadas festivales que tan sólo la colonia artística de Roma sabe imaginar.

Luna, de quien tanto hoy se habla, es el compañero inseparable de Mariano, el que ocupa parte de su estudio y es también su compañero de habitación. Luna, con su especial fisonomía, donde á la par de rasgos puramente meridionales campean huellas exclusivamente malayas, nos revela ya esa idiosincrasia original, donde se han aliado para formar un gran artista la perseverancia indómita del oriental y la inspiración brillante del latino. Luna no es todavía mayor de edad, habiendo comenzado su vida artística con un cuadro de tanto valor que pudiera servir á muchos artistas para terminar dignamente su carrera. En el *Spoliarium*, ideado, concebido y terminado en menos de un año, con esa infatigable asiduidad que hacía exclamar á Rafael: *Nulle diæs sine lineas*, es un lienzo de magnitud colosal tanto por sus dimensiones como por su idea. Allí se ve el arranque atrevido de la juventud, el entusiasmo de la vida; es el florecimiento de un genio que nos dará sin duda opimos frutos. Allí han visto algunos en las figuras del cuadro, principalmente en la mujer que busca entre el montón de cadáveres tal vez el de su prometido, la delicadeza de ejecución del Corregio, pero á mi modo de ver no es en la escuela italiana donde debemos buscar la filiación de Luna, sino en la nuestra; en la grandiosidad de la ejecución, en la manera realista de tratar el desnudo y en el predominio de los toques oscuros y de las grandes sombras, en la decisión de las actitudes y en lo prominente de los rasgos luminosos, noto y sorprendo el modo original de Rivera, gloria y orgullo de la escuela española. Ignoro si Luna ha estudiado preferentemente los anacoretas y santos de Rivera, pero casi me atrevería á afirmarlo, sin que esto pueda significar que debía ser Luna clasificado entre los seguidores de Rivera, cuando tiene más de una nota suya y sobre todo cuando en el procedimiento no desdeña factor alguno de los que emplea la moderna escuela.

Filipinas cuenta ya con otros pintores distinguidos además de Luna, Hidalgo entre ellos; tal vez con el tiempo llegue á formarse la escuela española asiática de pintura, influyendo esto en la marcha de los pintores malayos, entre los cuales, como se sabe, existen grandes coloristas, principalmente los japoneses, pero apegados por completo á la rutina en cuanto al dibujo y la perspectiva.

No en vano se diferencian los sajones y los latinos; véase sino la colonización que ambas razas emprenden en la Oceanía, colonización que da por resultado Australia y Filipinas; aquélla está ya en situación de mandarnos sus máquinas, y ésta artistas de tanto empuje como el que motiva estas líneas.

El estudio de Luna y de Mariano Benlliure poco ofrece de particular, pero nadie puede vestir mejor aquellas paredes desnudas que ambos artistas, poseedores de infinitas riquezas realizables en su imaginación.

No muy apartado de este estudio está el de nuestro conocido paisano Enrique Serra. Alguien llamó á dicho sitio el Consulado de Barcelona, porque no hay catalán ni catalancito que, al pasar por Roma, no se detenga al menos una tarde en el estudio de tan distinguido artista. Aquel recinto está casi siempre lleno, y á pesar de todo, Serra da conversación á todo el mundo y al mismo tiempo no cesa de aplicar pinceladas á diestro y siniestro, asombrando á sus visitantes con esta pasmosa facilidad á prueba de conversaciones vacías é inoportunas. Serra es un artista que todo se lo debe á sí mismo; ha adquirido excepcional ilustración merced á continuado estudio y ha llegado á abrirse ancho paso en el mundo artístico gracias á incesante y fecundo trabajo. Saca mayor provecho que nadie de su talento, en virtud de esa laboriosidad continuada que triplica el valor de los capitales y las tierras. No es esto negarle el genio artístico ni mucho menos, sino enaltecer las excelencias del ingenio que no cesa un instante de producirse en vez de yacer en criminal indolencia.

Volviendo al que era su estudio, porque hoy no pinta en Vía Margutta, siempre veíanse allí confundidos y revueltos infinidad de lienzos en vía de ser. Los géneros más opuestos llaman la atención entre aquel enjambre; esto obedece á la fenomenal aptitud del artista para todos los géneros, á la par que á las vacilaciones y dudas que se notan en el escritor y en el artista antes no se define en su estilo y manera. Serra es muy joven, y alguien dijo con razón que hasta los treinta años el escritor, lo mismo pudiera decirse del artista, no ofrece estilo propio. En todas sus obras, sin embargo, se notan destellos de verdadera personalidad artística, lo mismo en el paisaje, que pinta á las mil maravillas, que en el cuadro arqueológico, que sabe llevar á término con verdadera conciencia de erudito, de igual manera en el capricho de género que en la primorosa tabla, donde sabe hacer maravillas. En uno de los rincones del estudio tiene colgado un boceto que merece guardarse como oro en paño, es el de los *Comuneros de Castilla*, de Gisbert, y dondequiera yacen revueltos y mezclados los más diversos objetos, desde el clámide griego al uniforme de húsar de la Princesa, y desde la monumental llumanera catalana al espadón italiano del renacimiento.

Serra tiene abonados á su estudio varios distinguidos visitantes, habiéndome entre ellos llamado la atención un príncipe de la llamada *aristocracia nera*, muy conocido por sus prodigalidades y que acostumbra á poner más su atención en los modelos que en los cuadros; no pasa domingo alguno sin que Luis Suñer, uno de esos españoles que residen en el extranjero dignos de ser conocidos, visite el estudio de Serra, vaya á pasar allí un par de horas inventariando las obras nuevas y haciendo observaciones saturadas de sana crítica. Luis Suñer hace ya muchísimos años que reside en Roma, siendo muy considerado en el mundo literario, donde se ha dado á conocer por sus comedias originales, representadas con aplauso en el Valle, y por sus excelentes traducciones de obras españolas. Posee una magnífica biblioteca, que tiene siempre á la disposición de todos los artistas.

En la misma casa de Vía Margutta tienen ó tenían sus estudios Gallegos, pintor ventajosamente conocido, conocedor á maravilla del desnudo y que habla el italiano con acento andaluz; Peyró, aventajado discípulo de Domingo, viajante constante entre Roma y Valencia, vendiendo allá cerámica española é hispano-árabe, y acá muebles y objetos italianos del renacimiento; pintaba también en aquel mismo local Oliva, pintor cuyo nombre y cuyas obras no me eran desconocidas, pero á quien no tuve el gusto de conocer personalmente. Entre los artistas italianos allí residentes figuran Lacetti, autor del famoso cuadro *Cristus Imperat;* Anastassi, quien presentó este año en la exposición de Turín su *Misa de las Locas*, lienzo que causó impresión profunda, á la par de otros muchos artistas cuyo nombre en este instante no recuerdo, á pesar de ser conocido de sobras y celebrado.

No pasarán muchos años sin que la piqueta demoledora que va arrasando la Roma papal transforme por completo este barrio donde se asienta ahora el arte; las grandes casas de alquiler sucederán á estos edificios que contienen tantos estudios; las calles á cordel sustituirán los callejones mezquinos y sucios, pero al pasar por las nuevas calles, y entre las futuras construcciones, quien haya conocido lo presente deplorará su desaparición, buscará en vano la originalidad y belleza de este conjunto, y echará de menos la gravedad de los *amateurs*, el bullicio de los artistas y el desenfado de los modelos.

FEDERICO RAHOLA

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN